

*Un cuento inédito de Alonso Cueto, uno de los escritores más leídos e importantes del país. Estamos seguros de que nuestros lectores sabrán apreciarlo.*

**CUENTO**

# Los tres golpes de las cuatro y cinco

alonso cueto

**E**n realidad el pacto estaba allí, sellado por una cadena de azares, de ilusiones concretas y de adivinanzas de la voluntad. Alcira y Paco no se habían visto en veinte años, pero se comunicaban todos los viernes a las cuatro y cinco en punto, con una precisión compartida del amor.

La historia de Paco se había iniciado por última vez la medianoche del 24 de diciembre. Esa noche se había ido a dormir contra la opinión de todos los amigos, tías, sobrinas y algunos primos que lo conminaban a compartir con ellos lo que hacían todas las Nochebuenas: comer trozos de pavo y rajar de los demás parientes. Había tocado la almohada aliviado por la certeza de no tener que inferir a sus familiares los despojos de su vida reciente de cuarenta y cinco años: el malhumor después de la muerte de su esposa Soraya, la tristeza de la partida al extranjero de sus hija mayor Patricia, la conciencia creciente de su rutina como profesor en una universidad.

Esa noche, como tantas otras, se había despertado a la soledad de su lámpara de cristales blancos. Pero no había sido un despertar igual a los otros.

Esta vez se había despertado con la certeza de que Alcira estaba echada a su lado.

Emergió de las primeras ilusiones de la vigilia entre las

sábanas arrugadas, martirizado por el ruido de fuegos artificiales que venía de la calle. Fue entonces cuando le pareció ver la imagen de sus sueños. Alcira echada con él, durmiendo la noche de Navidad, en esa cama.

El hecho de que ella no estuviera allí era el inicio de su nueva relación con el mundo. La única imagen de esa nueva realidad, la de su cuerpo en la cama sin el de Alcira. Esa imagen lo incriminaba. El amor a Alcira lo avasallaba en el colchón. El virus de los recuerdos había tardado veinte años en incubarse y ahora irradiaba sus rayos de dolor.

Al día siguiente, 26 de diciembre, decidió que debía buscarla.



Esa misma noche de Navidad, Alcira estaba cortando un trozo de pavo para su hija menor, Gloria. Los trece años de Gloria, el cerquillo suelto, las piernas de gacela, los ojos fijos, las cejas delgadas, la boca siempre cerca de una sonrisa.

Alcira había sido así a su edad.

A su lado, su esposo Lucho comía en silencio.

Lucho era redondo y compacto, tenía anteojos macizos, cortaba el pavo con un cuchillo largo. Alcira lo observó, le dijo terminamos esto, pasamos por la casa de mi mamá y nos vamos a la casa de tus padres. Lucho siguió cortando, la punta afilada en una franja larga de carne, una cortina breve de sangre que se mezcló con la salsa de los guindones.

Esa noche, al acostarse, Alcira sintió la dureza de la almohada contra el cuello. Era una Navidad inusualmente ventosa y húmeda. La ventana estallaba de fuegos artificiales. A su lado Lucho ya se había quedado dormido y su cuerpo era una locomotora joven que emitía un soplo lento. No era un ronquido exactamen-

te; era un soplo que se descargaba entre largas pausas.

Una noche de Navidad, veinte años antes, Paco le había dicho que la amaba y ella... le había sonreído y... después... había escalado con tanta pasión su serie de omisiones y desatinos. Y estaba allí.



Ambos habían cumplido cuarenta y cinco años, y vivían en los antiguos extremos de Lima: él en Chorrillos, ella en Monterrico. Gracias a su matrimonio con Lucho, Alcira había encontrado una casa más grande. Luego de la muerte de su esposa, Paco se había mudado a un apartamento frente al mar. Paco y Alcira eran Leo. Ambos medían un metro setenta. Tenían una inclinación natural por el optimismo y les gustaba vestirse de negro. En la sala de Alcira, veinte años antes, habían oído tantas veces discos de Manzanero, de Los Beatles, de Avilés. No se habían visto en exactamente veinte años después de la escena en la puerta de la casa de ella. Veinte años ese mes, esa noche, en Navidad.

El 26 de diciembre, Paco se acercó al teléfono.

Recordaba su voz como si ella le estuviera susurrando algo en el oído. Había escuchado hablar de su esposo (un ingeniero industrial que trabajaba en una fábrica de fierros), y lo buscó en la guía telefónica. Su nombre. Era él.

Llamó una vez. ¿Es la casa del ingeniero X? Sí, es su casa. Es para una correspondencia, dijo, y cortó.

Era para una correspondencia.



–Quiero almorzar choros frescos. Un poco de cebolla con choclo encima de los choros. Y también almejas –dijo la voz de Lucho.

Era el día siguiente de Navidad, un domingo, un día de descanso. La música de Clayderman en la

sala, Los Beatles en la radio del carro, la vista del muelle de Agua Dulce. Alcira se bajó. Un kilo de choros, y de almejas. Es lo que quiere almorzar el niño. ¿El niño su hijo, señora? No, el niño mi marido.



Paco recordó la primera vez, cuando habían quedado en salir, el primer día. ¿A qué hora puedes venir a recogerme?, dijo ella. A las cuatro, contestó él con una sonrisa. Bueno, pues, me puedo demorar, pero máximo a las cuatro y cinco. Me muero de ganas de verte. Las cuatro y cinco. Era un viernes. Ese sábado regresó a su casa a las dos de la tarde y su madre le preguntó dónde estaba y él no despertó hasta el domingo para ir a misa.

El viernes.

Paco tenía el teléfono en la mano. Lo memorizó. Lo repitió en voz alta. Lo miró mientras contemplaba el mar en la ventana.

Era lunes. Las nueve de la mañana. ¿Podía llamar? Marcó el número, dejó que sonara tres veces y colgó. Era suficiente. Saber que por ahora había compartido el mismo sonido con el espacio en el que ella vivía. Suficiente. Por ahora.

Su hijo Pablo se le acercó. ¿Qué hay de desayuno, papi? Se sentó con él. ¿Has probado queso con miel en un pan? Te lo voy a traer a la mesa.

Ahorita vamos a ver lo que haces en tus vacaciones útiles, algo que te sea útil. ¿Qué es lo útil? Bueno, pintura, música, dibujo, danza, algo así. Todo eso me parece de lo más inútil, dijo Pablo.

De pronto, mientras las cintas blancas avanzaban hacia la parte inferior de la ventana y se perdían en las barandas rotas del balcón, Paco sintió un



golpe de certeza y supo para siempre lo que debía hacer.

Ese viernes, a las cuatro y cinco. La llamaría por teléfono y colgaría. El viernes. Las cuatro y cinco. Ella sabría que era él. El virus de los recuerdos buscaba formas de sobrevivir, pensó, formas de plasmarse por encima de las presiones de la salud de la rutina.

Durante la semana visitó las oficinas de las tres universidades donde enseñaba a tiempo parcial.

Le ofrecieron un curso de verano en una de ellas. También encontró un curso en una academia preuniversitaria. Un profesor de matemáticas siempre viene bien en lugares así. Con eso alcanzaría por lo menos para pagar los cursos de vacaciones útiles de Pablo y las cuentas de la casa. El martes y el miércoles tuvo reuniones, el jueves matriculó a Pablito. Por fin llegó el viernes.

Durante la mañana salió a caminar por el malecón. Luego leyó los periódicos, tomó dos tazas de café y un vaso de whisky. Almorzó una ensalada de atún, llamó por teléfono a su madre.

A las cuatro estaba junto al teléfono. Tenía el reloj a su lado. A las cuatro y cinco llamó. Uno, dos, tres timbres. Colgó. Se puso de pie, encendió un cigarrillo y se fue a mirar el mar.



Cuando el primer timbre remeció su teléfono negro, Alcira estaba entrando a la casa, cargada de dos bolsas de carne y verduras. La cara de Paco la había acompañado durante toda la semana. Yolanda le dijo que acababan de cortar. Al comienzo no le dio importancia, pero luego sintió la voluntad de creer que era Paco quien había llamado y tuvo la convicción de que veinte años no era un tiempo demasiado largo para las condenas del corazón. Era raro que alguien colgara tan rápido. No tardó demasiado en recordar la fecha, el día y la hora.

Se olvidó de la llamada durante los siguientes días, pero cuando el viernes siguiente, a la misma hora, el teléfono volvió a sonar y a cortarse a los tres timbrazos, supo que la simetría sentimental que repetía la hora de su primera cita estaba siendo manejada por la nostalgia. El viernes

siguiente se propuso quedarse en la casa para contestar el teléfono apenas sonara. Ese día, llegó a su casa a un cuarto para las cuatro. Su hija Gloria se acercó al teléfono a las cuatro. ¿Qué vas a hacer?, le dijo. Voy a llamar a una amiga. ¿No tienes tarea? Pero hoy es viernes, mami, ¿no te das cuenta? Cuelga rápido, hijita. ¿Qué te pasa, mami? Nada, cuelga por favor. Gloria colgó.

El teléfono sonó tres veces. Alcira lo contempló y lo dejó silenciarse. ¿No contestas, mami? ¿Para eso me pides que no hable?

Durante los viernes siguientes, el teléfono siguió sonando. Tres veces a las cuatro y cinco y luego el silencio. Algunas veces ella se había vestido, se había maquillado para escuchar los sonidos; una tarde se había sentado junto al teléfono sin ropa interior.

Hasta que un día, sentada junto al aparato, ocurrió lo que no había esperado. Hubo un cuarto timbre y un quinto y un sexto. Alcira levantó el teléfono y escuchó.

